

EL "RECIBIDOR" NO ES LA JUNGLA

DWAYNE BETTS
YALE LAW SCHOOL

THE STOOP ISN'T THE JUNGLE

Publicado originalmente en: Slate, Jul. 10, 2014.
Traducción al español por Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP)

PALABRAS CLAVES: policiamiento | etnografía | metodología
KEYWORDS: policing | ethnography | methodology

Alice Goffman, socióloga de la Universidad de Wisconsin, ha recibido muchos elogios por su nuevo libro *On the Run*. Para su investigación, Goffman pasó mucho tiempo en la "escalinata" de los barrios pobres de la ciudad, donde los jóvenes negros por lo general sólo tienen antecedentes penales. Por toda la atención, parece que ella ha producido una pieza reveladora de investigación. Pero eso es un error. En cualquier caso, *On the Run* no merece las críticas elogiosas y la atención que ha recibido.

Durante seis años Goffman vivió una doble vida: Durante el día, era una Ivy Leaguer; por la noche, era la chica de los jóvenes de la "calle Sexta". Ese es el seudónimo que le dio al barrio pobre de Filadelfia donde vivía. Escribe sobre un elenco de personajes que conoció íntimamente: Mike, Chuck, Reggie, Tim, Alex, Tino (todos seudónimos), a sus bebés, novias y madres. Se convirtieron tanto en amigos de Goffman como en sujetos de investigación.

La apelación de Goffman proviene del peligro que enfrentó y de la violencia de la que fue testigo. Ella da lo que muchos lectores esperan: adicción al crack y delitos sin sentido, incluyendo el asesinato. Goffman argumenta que el encarcelamiento masivo ha llevado a un estado de sitio constante en las comunidades urbanas pobres, por parte de oficiales de policía, oficiales de probation y el sistema judicial. Ella ve que el miedo se convierte en paranoia entre los jóvenes desconfiados de ser arrestados. Para Mike y sus amigos, la evasión y la imprevisibilidad son herramientas de supervivencia. El libro presenta la patología como la experiencia central de la vida negra.

Hay que reconocerle a Goffman, que pinta un vívido panorama del peligroso e ineficaz uso excesivo de las redadas policiales. Goffman también muestra cómo la amenaza de encarcelamiento puede ser

utilizada como arma. Vio gente llamando a la policía, a amigos y enemigos, para controlar su comportamiento o chantajear. Al final, sin embargo, su implacable enfoque en la criminalidad es tan probable que fomente más arrestos y vigilancia como que convenza a la gente de que se debe poner fin al encarcelamiento masivo. El libro adolece porque es complaciente. Sin querer, Goffman da munición a políticos duros contra el crimen que quieren creer que las áreas urbanas son caldo de cultivo para el delito y la anarquía.

Diré lo que debería ser obvio, pero no lo es: la mayoría de los jóvenes negros no están cometiendo robos y hurtos a mano armada, no están participando en batallas armadas con persecuciones automovilísticas, y no están asesinando a conocidos en los juegos de dados. No están disparando a las casas. Si Goffman quiere revelar los abusos de un estado de vigilancia, ¿por qué no centrarse en personajes que no están tan arraigados en la peor actividad criminal? ¿Por qué no darnos una imagen de la vida de Mike y sus amigos que sea más amplia que el último delito que cometieron? En cambio, Goffman sólo nos da jóvenes que parecen estar cometiendo crímenes con relativa impunidad. Si estos son los objetivos de la vigilancia, ¿es el nivel de policiamiento en las comunidades urbanas realmente un problema y no una solución?

Mientras leía, me preocupaba cuántas más palabras dedica Goffman a la criminalidad, la violencia y la disfunción que al uso de datos para establecer cuán intrusivo e innecesario es el nivel de vigilancia en la calle Sexta. La facilidad con la que el delincuente se vuelve normal se extiende a los personajes en papeles secundarios. Tomemos a Shonda, que según Goffman gana dinero con el contrabando de drogas a hombres encarcelados. "Shonda introdujo por

primera vez drogas de contrabando en la cárcel a la edad de ocho años, cuando ayudó a su madre a pasarle un globo lleno de crack a su padre, un consumidor empedernido que estaba siendo juzgado por agresión con agravantes", escribe Goffman. Cuando nos presentan a la Srta. Linda, la madre de Chuck, Reggie y Tim, nos enteramos de que es adicta al crack. No se olvidarán de eso, porque Goffman menciona la adicción de la Srta. Linda y su casa infestada de cucarachas por lo menos cinco veces. Por supuesto, sus tres hijos tienen padres diferentes. Estos detalles presentan la vida negra como una representación de los estereotipos. Y tienen tan poco que ver con el estado de vigilancia que Goffman ve que tengo que preguntarme por qué decide centrarse en estos detalles. Sin embargo, todo se basa en una mala película de los años 90—*New Jack City*, *Menace to Society*, *Boyz in the Hood*. Si *On the Run* hubiera sido escrito entonces, su título habría sido *Six Years on Crack Street*.

No es de extrañar que la violencia en *On the Run* haya ocupado un lugar prominente en la mayoría de las discusiones del libro. También lo ha hecho el papel de Goffman como observadora participante. Marc Parry en *The Chronicle of Higher Education* escribe que con Mike y sus amigos Goffman "evadieron a la policía, se divertieron y discutieron los tiroteos". En una reseña en el *Times Higher Education*, Dick Hobbs escribe: "las redadas policiales, las persecuciones, las armas, las drogas, los arrestos y la bota de un policía en el cuello tipificaban su tiempo en una comunidad que estaba acorralada, controlada y regularmente golpeada hasta el borde de la sumisión". Lo que me ofende es que Goffman haya convertido la calle Sexta en una jungla a la que se ha enfrentado. Vengo de una comunidad, en el condado de Prince George, Maryland, que en muchos sentidos se parece a la calle Sexta. A los 16

años, me declararon culpable de robo de auto y fui a prisión por ocho años. Sin embargo, sé que mi experiencia, aunque fue compartida por amigos que también fueron a la cárcel, o vendieron drogas, o fueron asesinados, no representa a nuestra comunidad.

En medio del clamor de elogios a *On the Run*, un crítico, Alex Kotlowitz, preguntó sobre la ética de Goffman. "Goffman a veces hace declaraciones bastante radicales u ofrece alguna anécdota ocasional, en su mayoría relacionada con las fuerzas policiales, sin una indicación de la fuente", escribe Kotlowitz. Menciona una historia que Goffman cuenta sobre un agente del FBI que se inspiró en la Stasi de Alemania Oriental para crear un programa de computadora para rastrear a la gente con órdenes de arresto. Goffman nunca nos dice quién es este agente ni de dónde proviene esta información.

Problemas similares surgen con dos de las afirmaciones más inquietantes del libro sobre las prácticas policiales de Filadelfia. Goffman dice que hay prisiones en Filadelfia que registran los nombres y matrículas de los visitantes, buscando órdenes de arresto pendientes. Ella no proporciona la fuente de esta información o el nombre de la prisión que hace esto. Tampoco escribe que vio pruebas de ello en sus muchos viajes para visitar a sus amigos cuando estaban encarcelados. Goffman también afirma que los agentes de policía investigan los nombres de los pacientes y visitantes en los hospitales locales, también para registrar a las personas que tienen órdenes de arresto. Esta vez, nos cuenta que fue testigo del arresto de un hombre momentos después de que su novia diera a luz a su hijo. Ella escribe: "Los oficiales me dijeron que habían llegado al hospital con una víctima de tiroteo que estaba detenida y, como era su costumbre, comprobaron los nombres de los hombres que estaban en la lista de visitantes".

Sin embargo, una vez más, Goffman no nombra al hospital o al agente de policía que cita. Cuando llamé al Departamento de Policía de Filadelfia para obtener una respuesta a su demanda, el Teniente John Stanford dijo que el departamento no tiene los recursos humanos para buscar nombres al azar en la lista de visitas de un hospital. También se mostró escéptico de que la administración de un hospital proporcionara información de los pacientes y visitantes en la forma en que Goffman la describe. Claro, esto es lo que esperas que diga la policía. Pero dada la gravedad de la acusación, ¿no debería Goffman fundamentarla mejor? Sin más para seguir adelante, ¿cómo podría alguien presionar para que se ponga fin a esta práctica?

Hay otro aspecto oscuro en *On the Run*. Sumergida en la vida de sus amigos y sujetos, Goffman casi se pierde. Una noche, después de que un pandillero rival asesinara a Chuck, se encontró conduciendo a Mike en busca del asesino de Chuck. Nos dice que quería al asesino de Chuck muerto, igual que Mike y el resto de la pandilla. Mike no encontró su objetivo esa noche. ¿Y si lo hubiera hecho? Goffman nunca interroga sus propios motivos, o lo cerca que estuvo, potencialmente, de ser cómplice de un asesinato. En cambio, esto se lee como su historia de guerra coronada, el momento en que finalmente entendió lo que significaba ser uno de los jóvenes de la Calle Sexta.

El sociólogo Víctor Ríos de la Universidad de California en Santa Bárbara tiene un nombre para esto: el "tropo de los libros de la selva". En su libro *Punished: Policing the Lives of Black and Latino Youth*, Ríos caracteriza este tropo como un cuento de hadas en el que un blanco inocente se pierde en la naturaleza, es acogido por la gente salvaje, sobrevive y regresa a la sociedad con una historia que contar. Ojalá el libro de Goffman no me pareciera eso. Pero lo hace.

En el *New York Times*, Jennifer Schuessler ha escrito que *On the Run* "contiene suficientes detalles de la vida callejera para llenar una temporada de *The Wire*". Tiene razón en que hay suficiente violencia en el libro para llenar el programa de David Simon, pero las comparaciones terminan ahí. El regalo de *The Wire* fue que evitaba las respuestas fáciles. El caos que corría por las calles del Baltimore de Simon estaba lleno de complejidad. Fue impulsado por problemas estructurales como el encarcelamiento masivo, sí, pero también por la complicidad de personas de ambos lados de la división legal. Los escritores nunca actuaron como guías turísticos en la psique oscura de la mente criminal negra.

Goffman cae directamente en esa trampa. Al no desarrollar su crítica al encarcelamiento masivo, ha escrito el tipo de relato truncado de la vida urbana negra que anima a los extraños a quedarse boquiabiertos. Parafraseando a Chimamanda Adichie en su novela *Americanah*, Goffman ha vuelto a casa como la selva y a sí misma como intérprete de la selva. Pero el vecindario de Filadelfia que ella ha bautizado como "calle Sexta" no es su hogar, y no es su trabajo convertirlo en una jungla que necesita interpretación.